

Memorial de Aridonía: la gran Tira de la Peregrinación contemporánea

Juan Villoro

Muy buenas tardes. Me da mucho gusto estar aquí con el amigo Abel. Gracias a Alfredo Valadez por la presentación y a todas las personas que hicieron posible esta presentación.

Siempre es un gusto regresar a Zacatecas, especialmente a un recinto como este, el Museo Felguérez. Tuve la suerte de conocer y de tratar mucho al Maestro. Escribí un librito sobre él, es una persona que guardo en mi memoria. Creo que la primera vez que vine a Zacatecas por algún motivo vinculado con mi vocación fue hace casi cincuenta años en uno de los encuentros de jóvenes escritores que organizaba Marco Antonio Campos. En aquella reunión participaron escritores que ya no se encuentran entre nosotros, como Samuel Noyola y Roberto Vallarino. Desde entonces no he dejado de venir aquí, para mi fortuna.

Alejandro García y yo conocimos a Miguel Donoso Pareja, una persona inolvidable. Estuve en su taller en la Ciudad de México. Este es un país centralista, que no mira lo que se está haciendo en otras partes; hay una creatividad extraordinaria en la zona de León, Aguascalientes, Zacatecas, y SLP. Él coordinaba un taller en San Luis que aglutinaba a los autores de estas ciudades y lo acompañé varias veces. En ocasiones los extranjeros entienden la multiculturalidad de nuestro país de un modo que nosotros mismos no podemos ver. Miguel Donoso Pareja nació en Ecuador y tenía una mirada mucho más amplia que la de los autores de la Ciudad de México.

Efectivamente, encontré allí a una pléyade de escritores extraordinarios, entre ellos José de Jesús Sampederro, que mantiene una de las revistas culturales más importantes de México, *Dosfilos*. Me da mucho gusto verlo aquí, lo mismo que a Ester Cárdenas, que heroicamente ha llevado la bandera de los libros en su magnífica librería André-a. Es un placer, por muchas razones, estar con ustedes. También hay causas que se remontan a mi propia familia. Mi abuela paterna era de la frontera entre San Luis Potosí y Zacatecas, de un pueblo que se llama Cerro Prieto, que está muy cerca de Pinos. Una zona mezcalera, próxima a donde se hace el mezcal La Pendencia.

Un tío mío, Octaviano Cabrera, fue un autodidacta aficionado a muy diversos temas de la cultura y se declaró a sí mismo antropólogo, historiador, arqueólogo, todo lo necesario para poner en valor la rica cultura de San Luis Potosí. Él escribió una monografía, tal vez la primera, sobre Real de Catorce y también fue de los primeros exploradores, de una manera un tanto aficionada, de la zona arqueológica de El Cóporo. Él decía que el centralismo mexicano ha evi-

tado ver a la zona de Aridoamérica y ha evitado ver la múltiple variedad cultural de esta región.

Creo que hasta la fecha podemos decir más o menos lo mismo. Cuento una breve anécdota: hace algunos años, probablemente diez o doce, me tocó participar en una serie que hizo Canal 22 sobre sitios arqueológicos y el Instituto Nacional de Antropología e Historia nos propuso una serie de lugares. En ninguno de los episodios figuraba una zona de Aridoamérica. Tuvimos que batallar muchísimo para que de trece programas nos dejaran hacer dos, uno en El Cópore y otro en Paquimé. Esto habla también de la asimetría que hay respecto a la valoración cultural. Preferían que hubiera ocho sitios mayas a que hubiera un sitio de Aridoamérica. Hay una desproporción en los intereses culturales del país que me parece lamentable. Hace como un año tuve la suerte de hablar con José María Muñoz Boinilla para planear otro programa en La Quemada; desgraciadamente, él murió poco después.

Este preámbulo sirve para decir que Aridonía, el lugar imaginario, como ya lo mencionó Alejandro, este lugar utópico, especie de Comala o Macondo, un sitio que pertenece más al deseo que a la realidad, al que nos convoca Abel García Guízar, tiene que ver con una región no muy explorada de la literatura mexicana, aunque ha habido grandes escritores del desierto, como Severino Salazar, Jesús Gardea, Tomás Mojarro, Alejandro García y Daniel Sada.

De estos escritores creo que Abel García se encuentra más cerca de Daniel Sada por un elemento que es el neobarroco. Una de las grandes paradojas en la muy fecunda obra de Sada es que en un sitio donde aparentemente no debería haber nada, pues se trata del desierto, un sitio vacío, él logró una exuberancia lingüística extraordinaria; pobló de palabras un lugar deshabitado y esa operación de trabajar el lenguaje, de recrearlo, de apropiarse tanto de voces cultas como de voces populares, e incluso de materiales de archivo, es lo que le da una textura lingüística tan peculiar, tan original, tanto a la narrativa de Sada como a *Memorial de Aridonía*.

Estamos ante a una obra de fundación, pero de fundación múltiple, porque no nos lleva solo a un lugar ni se detiene ahí, sino que se trata de una mi-

gración variada en el espacio y en el tiempo, de un vasto reparto de personajes que busca dónde asentarse. Nos habla Abel García de migraciones forzadas; por ejemplo, de los mayas que fueron obligados a dejar la península de Yucatán para venir a la Zona del Silencio cuando Yucatán se estaba dedicando básicamente al monocultivo del henequén. Por contrapartida, también nos habla de los yaquis del norte que fueron enviados a Yucatán en tiempos de la Guerra de Castas. Hay migraciones forzadas en el libro, pero también las hay del deseo en busca de una tierra promisoría

La gran pregunta que atraviesa esta novela es quién es el dueño de la tierra o cuál es el lugar que nos pertenece. Abel tiene una historia múltiple; es abogado —domina los vericuetos y los laberintos de la ley—, pero también es antropólogo y conoce a las comunidades por los estudios que ha hecho al respecto y por su labor como activista en zonas campesinas. En diversos registros, ha abordado el tema de la tierra: ¿a quién le pertenece?, ¿quién puede ser el legítimo propietario de un lugar? *Memorial de Aridonía* tiene una multiplicidad de personajes imaginarios, pero también tiene un correlato con la historia real de México: en sus páginas aparecen la Revolución mexicana, la Guerra Cristera, la Guerra de Castas y lugares reconocibles como el teatro Calderón, de Zacatecas; un trasunto histórico apuntala la trama.

El gran presupuesto que permite que exista una novela de este tipo es el despojo, el despojo sufrido por quienes perdieron propiedad comunal de la tierra, personas que han sido expulsadas de su lugar de origen y buscan nuevo acomodo. El camino en pos de una tierra digna sirve de eje a las distintas genealogías que atraviesan la novela.

La voz narrativa está constiuida por un Yo y un Nosotros. Un narrador cuenta una historia íntima en primera persona, pero también aparece el acontecer colectivo, narrado con una perspectiva más distanciada. Por lo tanto, estamos ante una historia de vida privada y vida pública en la que hay momentos de amor, momentos de picardía, momentos de ironía como los que mencionó Alejandro, un gran repertorio de reacciones afectivas.

La historia grande del país se cuenta de una manera un tanto fantasmagórica porque estamos ante una obra que no es ajena al modo lejandario y que poco a poco va construyendo una mitología. Por su multiplicad de personajes, por ser una novela de fundación y por tener un tono muchas veces lejandario, nunca ajeno a cierta ironía, se parece a *Cien años de soledad*. Ahora bien, si *Cien años de soledad* parece el resultado natural de la exuberancia de las selvas colombianas, en este caso la exuberancia es producto de la imaginación del autor, porque casi todo ocurre en una zona desértica, en la que aparentemente no debería haber personas y por lo tanto no debería haber acontecimientos.

En ese lugar donde las cosas solamente ocurren por excepción, se sobrevive de manera difícil. No es casual que *Memorial de Aridonia* también sea una novela sobre la necesidad. Por ejemplo, hay reptiles que, según dice la voz colectiva, «descubrimos que eran comestibles sólo porque tuvimos que comérnoslos». Se convirtieron en alimento por la necesidad que de manera permanente marca la novela. Lo mismo ocurre con la capacidad de resistencia; los personajes sobreviven como «coleccionistas de deshidrataciones».

En esta novela copiosa, con tantos personajes, resulta inevitable que muchos de ellos estén unidos por lazos de sangre; ahí abundan los parientes. Los cuerpos se mezclan de modo intenso y promiscuo, haciendo que la intimidad y los lazos sanguíneos se compartan al máximo. Lo que sigue siendo ajeno, siempre lejano, es la tierra. Esta paradoja representa una denuncia política: la gente se puede juntar y establecer comunidades, pero la tierra le sigue siendo extraña.

Para que no olvidemos que esto no es solamente fantasmagoría, sino que estamos ante algo que verdaderamente ocurrió, abundan los guiños y las citas a la Historia. Se habla del general Obregón o de Francisco Villa sin romper del todo con el marco fantástico. Por la combinación de realidad histórica y fabulación, *Memorial de Aridonia* hace pensar en *Los recuerdos del porvenir* o en *Pedro Páramo*. Como Elena Garro y Juan Rulfo, García Guízar nos habla de un mundo que pasa de la realidad al sueño y de la veraci-

dad a la leyenda, pero ese mundo, que por momentos resulta fantástico, tiene un asidero real. El despojo es auténtico, los abusos lo han sido, las matanzas también, los desplazamientos son un hecho. Estamos, pues, ante una gran saga de migrantes sustentada en circunstancias reales. El autor apunala ciertos datos fácticos con notas para que no quede duda de que su invención proviene de un sustrato auténtico.

Protagonista esencial, ya lo mencioné, es el lenguaje. Admiro la forma en que el autor juega con él y lo reinventa de una manera muy natural. Una de las cosas más graves que pueden ocurrir cuando alguien trabaja en exceso el lenguaje es que se convierte en una fuente tan artificiosa que difícilmente comunica y aparta al lector de lo que se está narrando. Algo falla cuando los adjetivos o los adverbios se vuelven más importantes que los personajes.

No es el caso de García Guízar, que busca las posibilidades naturales del habla. Por ejemplo, cuando dice que los migrantes iban empujados por los vientos «espalderos». Esta última palabra tiene un sentido muy claro porque el viento te empuja por la espalda. Se trata de una invención afortunada. Veamos una más coloquial. Cuando alguien tiene un nombre rimbombante el narrador nos dice que se trata de un nombre «tan diatiro»; sin que el autor especifique o califique entendemos la ironía. En otros casos, García Guízar se apoya en su formación como para decir que cierto personaje es «legaleido».

Por cierto que el tema del despojo se ve reforzado por el infierno de las oficinas y los documentos. Se puede decir que quienes pierden la tierra después pierden una batalla legal. Abundan los casos de predios que se litigan de manera infructuosa durante décadas. El reparto agrario convertido en burocracia permitió que la demagogia sustituyera a la nueva propiedad de la tierra y transformó las esperanzas en un trámite inacabable. *Memorial de Aridonia* rinde testimonio de los infinitos documentos, los legajos, los tribunales, las demandas que se pierden como las voces en el desierto. Después del despojo violento viene el asfixiante calvario de las leyes. El amigo Abel narra el doble castigo de perder la tierra y de no poder recuperarla en la maraña de los papeles.

¿Y qué decir de la estructura de esta novela incandescente, monumental, casi infinita? A propósito de *Los detectives salvajes*, Roberto Bolaño señaló que ciertos críticos comentaron que su novela carecía de un hilo conductor definido: ¿cuál era la historia? Ciertamente, hay una historia base, la búsqueda de una sacerdotisa en el norte de México, pero pasan muchas cosas y la novela no tiene centro. Bolaño defendía la posibilidad de escribir novelas de este tipo, en donde los personajes entran y salen como de un estadio o de una plaza pública. *Memorial de Aridonia* pertenece a esa estirpe de novelas colectivas, estructuradas como un sitio de congregación al que llegan muchos, luego se vacía y quedan unos cuantos.

No es fácil leer una novela de este tipo, que reclama una participación activa por parte del lector. Sin embargo, más que decir que se trata de una obra difícil, prefiero aludir a la complejidad que ya señaló con toda pertinencia Alejandro. Esta complejidad es un aliciente, porque la novela invita a aceptar el desafío de retener y vincular las distintas tramas y de aportar algo como lector para disfrutar cada una de sus fases y de sus múltiples capas.

Le comentaba a Alfredo hoy en la mañana que más que una presentación deberíamos hacer un seminario sobre *Memorial de Aridonia*, porque realmente tiene muchos niveles de lectura: contiene estratos antropológicos, legales, históricos y, por supuesto, literarios. Estamos ante una obra de extraordinaria riqueza que compendia los distintos saberes que Abel García ha puesto en juego a lo largo de su vida. En este sentido es una impecable obra de madurez.

La novela me ha llevado a recordar uno de los grandes documentos de nuestra cultura: el código Boturini, también conocido como *La tira de la peregrinación*, que consta exclusivamente de 21 láminas. Esa narrativa pictográfica cuenta la famosa migración de Aztlán para fundar México-Tenochtitlan.

La cultura mexicana ha reproducido la centralidad de la dominación azteca. En el Museo Nacional de Antropología e Historia la pieza que ocupa el núcleo museográfico es el calendario azteca. Al señalar la forma en que Tenochtitlan es percibida, Eduardo Matos Moctezuma refiere un «Centro de centros». Desde el punto de vista de la perspectiva del pueblo

mexicano, de los aztecas, que dominaba la zona central del país en tiempos de la conquista, no hay duda de la importancia de Tenochtitlan. El centralismo contemporáneo, del que hablé en un principio, no ha hecho más que acentuar esta preponderancia. Sin embargo, algo tuvo que ocurrir para que ese «centro» sucediera. *La tira de la peregrinación* habla de quienes migraron en busca de esa tierra promisoría. Cinco siglos después, *Memorial de Aridonia* plantea un recorrido semejante en la literatura mexicana.

En *La tira de la peregrinación* hay un elemento que me parece central y que tiene que ver con la estética de Abel García Guízar. Los personajes que migran en esa narrativa deben hacer una escala en un sitio llamado Quinehuayan, lugar donde los que emigran se confunden. De hecho, la etimología de Quinehuayan es «lugar de la confusión» o «lugar de la embriaguez».

Lo importante, lo que ahí se pone en juego, es que aquel que emigra, ya sea una persona o un colectivo, al hacerlo se transfigura, sufre un rito de paso, una transformación profunda, por eso tiene que pasar por esa escala donde todo se nubla. La embriaguez a la que sucumbe es más espiritual que física. ¿Por qué sucede esto? Porque el camino cambia a quienes lo transitan. Esto es, justamente, lo que sucede en *Memorial de Aridonia*, la gran *Tira de la peregrinación* contemporánea. En sus páginas asistimos a la transformación de un pueblo.

Un poema de Jaime Sabines habla del singular conocimiento que surge gracias a la travesía:

Si camino voy como los ciegos
aprendiéndole todo por sus pasos.

El ciego aprende al caminar y así es como aprende el migrante. La caminata y el desplazamiento alteran, transfiguran. ¿Qué sería de una novela si no produjera una modificación?

Abel García Guízar despliega el vasto territorio de su inventiva para que los personajes avancen y se transformen. Cada episodio es un nuevo Quinehuayan, una escala donde los personajes se cuestionan para seguir adelante y conformar *La tira de la peregrinación* de nuestra literatura contemporánea.